

GOMEZ-MULLER, Alfredo. *Alteridad y ética desde el descubrimiento de América*, Akal, Madrid, 1997, 64 pp.

Alfredo Gómez-Muller se desempeña como Profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de París y es cofundador de la revista *Concordia*. Entre sus publicaciones se encuentran: *Anarquismo y anarcosindicalismo en América Latina* (París-Barcelona, 1980) y *Chemins d'Aristote* (París 1991). Dirigió el volumen *Penser la rencontre de deux mondes. Les défis de la "découverte" de L'Amérique* (París 1993). Ha trabajado en obras colectivas, tales como: *Amériques Latines: une altérité* (París, 1993) *Comprendre et interpréter* (París, 1993), *Penser la religion* (París, 1991) y *Dieu* (París, 1985). Además colabora con sus trabajos en varias revista de Francia, España y América latina.

Para el autor, el descubrimiento de América en 1492 trajo para la conciencia europea un mundo de interrogantes, puesto que este continente no estaba vacío sino habitado por seres, para ellos, desconocidos. Pero, estas interrogantes sobre el hombre americano no fueron resueltas, puesto que los conquistadores y colonizadores, no lograron descubrir al "otro" y en este sentido, el autor se pregunta ¿Qué sentido puede tener, entonces, relacionar la pregunta por el "otro" con la problemática particular del descubrimiento de América? o ¿Qué relación existe entre las representaciones de la alteridad, de lo ético y del sentido de la existencia?

A partir de estos cuestionamientos, es decir, tomando como punto de partida la manera de representarse la alteridad que estructura el pensamiento colonial y postcolonial en América desde el descubrimiento, Alfredo Gómez-Muller se propone mostrar lo determinante que es la experiencia de estar-con-el-otro, como elemento central para la definición de una ética universalista, y de esta manera abrir nuevas perspectivas para lograr una mejor lectura del descubrimiento de América.

Ermila M. Pinto Yépez

CASANOVA, Carlos Augusto. *Participación y causalidad en Aristóteles*. Universidad de Navarra, Pamplona, 1998, 57 pp.

La obra del profesor Casanova expone de una manera breve pero densa, sin caer en lo inaccesible, y gratamente clara en muchos puntos, algunos problemas abarcados en el tema de la relación entre la idea platónica de participación y la idea aristotélica de causalidad. En su introducción a la misma, el autor toma como punto de partida para dicha exposición el momento en que el estagirita empezó a dudar de los planteamientos de Platón, y por ello, comenzó a esgrimir sus propios puntos de vista diferentes a los de su maestro. Para Casanova, ya el libro *Gamma* de la *Metafísica* presenta una de las evidencias de dicho momento de divergencia, en los que, como señala el autor, por un lado Aristóteles acoge algunas de las respuestas de

Platón al problema planteado, y por otro lado, idea sus propias respuestas diferentes a las de su maestro. Y el aspecto principalmente aludido se refiere básicamente al vínculo entre las sustancias sensibles y las suprasensibles, que en Platón se resolvería al constituir lo sensible y lo corpóreo *parte* de lo suprasensible e incorpóreo, o, siguiendo al autor, al presentar lo corpóreo en él una huella de lo inmóvil (p. 25). Pero Aristóteles rechazará esta solución, e ideará como respuesta el concepto de causalidad, el cual examina Casanova en su libro.

La obra se divide en tres partes principales, más una breve introducción. La primera parte, titulada "El camino hacia Dios: sus huellas en lo sensible", sigue el hilo relativo a este problema en los textos de la *Metafísica* y en textos de pensadores posteriores, pero también anteriores, como los presocráticos. Casanova irá adentrándose en las relaciones y categorizaciones del objeto de estudio de lo metafísico, resaltando un punto que hasta hoy ha constituido para sus estudiosos tema de frecuente reflexión. Este punto se origina de dos afirmaciones del estagirita en su *Metafísica*. Una, la de que la filosofía primera trata de la noción del "ente en cuanto ente", con lo cual incluye lo sensible, y la otra, de que la filosofía primera trata sobre "las primeras causas del ente en cuanto ente", con lo cual dicho conocimiento abarcaría lo suprasensible. Esta doble objetivación de la filosofía parecería indicar cierta afinidad o consustancialidad entre lo divino como causa de los seres y estos seres mismos como causados por lo divino.

Ya en su Introducción al libro, Casanova alude a esta posibilidad de "comunidad de naturaleza entre lo divino y el resto de los seres" que estaría implicada en este problema. Para Platón, la solución era la participación, es decir, el hecho de que los seres del mundo de la experiencia fueran parte de un mundo superior -que en Platón es el mundo inteligible- y en definitiva, del Ser supremo, de quien les vendría todo lo que son. En la medida que dicha idea de participación implica la distinción entre el participante y el participado (la criatura y el creador) se evadiría la caída en un panteísmo o un monismo que sí estaría implicado en la idea de emanación. Para Aristóteles, la solución sería "la transmisión de un acto por causalidad agente" (p. 6). A este respecto, los aristotélicos, hasta nuestra época, se han preguntado si una sola ciencia puede tener por objeto ambas cosas: el ente, o sea, lo sensible, y la causa suprasensible del ente, que el autor, ya en la página 5, identifica con lo divino. Este problema, verdadera aporía sobre la cual trató ya en su tiempo Jaeger, para Casanova tiene raíces ya en el pensamiento de Francisco Suárez.

El título del segundo capítulo de la obra, "Participación y causalidad", hace directa alusión al tema nuclear tratado en el libro. Empieza analizando la idea de causalidad, y plantea desde su comienzo el carácter profundo de la cuestión, pues Aristóteles, una vez diverge de la solución platónica, tiene que resolver como se puede establecer un conocimiento de lo incorpóreo, toda vez que "sin rastros [de lo buscado: lo inmóvil, lo incorpóreo] el hombre no hallaría caminos ascendentes". Si no la solución definitiva al problema -cosa que podría decirse no existe en filosofía- el autor va, poco a poco,

presentando los caminos que aclaran el punto de vista aristotélico y la resolución a la que llega el estagirita a través de la idea de causalidad. Si en el platonismo “el hombre alcanzaba una parte de la realidad suprasensible, el mundo de las ideas, por medio de la reminiscencia provocada por lo sensible... y porque lo sensible las evocaba, por la participación” (pp. 25-26) la causalidad establecerá, primeramente, un vínculo entre lo sensible y lo suprasensible, toda vez que lo suprasensible no será esencia de la cual hará parte lo sensible, sino que será causa de lo sensible. La noción de verdad ayuda al estagirita a establecer esta idea de causalidad como lazo entre lo suprasensible y lo sensible, que comunican “en las nociones metacategoriales o comunes, tales como la verdad y el ser” (p. 31). Casanova examina algunas objeciones al argumento aristotélico, y culmina tratando de la noción de Dios como Agente y como Fin, puntos estos que conectan directamente con la noción de causalidad. Señala por último que “[Dios es] la fuente última de toda formalidad, por la vía de la agencia, una vez eliminada la participación platónica” (p. 38).

El último capítulo de la obra, titulado “Gradación del ente y unidad del cosmos”, examina el problema de cómo podría haber ente separado que fuera pura formalidad o actualidad (Dado que en Aristóteles, el ser necesario es definido como acto puro). El estagirita tratará esto, primeramente, unificando en Dios el ser con el inteligir: “en él no se distinguen el entender y la sustancia; y lo entendido es lo mismo que quien lo entiende” (p. 42). La gradación de los seres establecería un primero de éstos como ser simple, que sería el ser necesario (=Dios). El autor concluye brevemente la obra señalando que “existe una cierta comunidad, distinta de la participación platónica, entre las sustancias separadas y las sensibles” (pp. 52-53), y es esa comunidad la que nos permite acceder a lo suprasensible desde lo sensible, lo cual validaría la posibilidad de una metafísica, en cuanto que ésta, “aunque se dirige a lo divino, necesita partir de lo que hay común entre ello y las sustancias sensibles” (53).

Bien que coherente, la solución aristotélica, comentada y aclarada por el aquinate en varios puntos, y que describe Casanova con maestría, nos parece que entrega una noción de la divinidad menos íntima y menos cercana que la solución platónica de la participación, la cual, los sucesores de Platón (los neoplatónicos, y en el cristianismo, San Agustín y sus seguidores) siguieron cultivando y afinando. A tal respecto, cito a Louis Lavelle en una carta a Michele Federico Sciacca (*Etudes Philosophiques*, 1958, n° 1, p. 22), en que dice “participation ne veut dire que nous sommes en Dieu comme une partie dans le tout. Il évoque un *acte qui nous fait être* par lui et grâce à lui, mais cet acte c’est nous qui l’accomplissons”. A nuestro juicio, esta idea no está lejos de incorporar elementos de la noción aristotélica de causalidad (por la noción de *acto* que ella introduce, y por la idea de causa implicada en la noción de voluntad). Ello quizá implicaría que en este problema, a diferencia de otros en que sería impensable la conciliación del pensamiento aristotélico y platónico que tanto buscaron sabios árabes y judíos del medioevo, si podría haber, si no una conciliación, al menos un acercamiento. Mas la lectura del libro de Casanova puede constituir no sólo una

excelente introducción al problema planteado, sino, además, y mucho más importante, una fuente de sucesivas preguntas e inquietudes para quienes decidan internarse en tan inagotable cuestión como el tema de la relación entre la idea platónica de la participación y la idea aristotélica de la causalidad. En este sentido, vemos la obra de Casanova como una invitación e incitación al estudio de este importante y profundo tema de las metafísicas platónica y aristotélica.

Luis Vivanco

MONTIEL, E., *El Humanismo Americano*, Fondo de Cultura Económica, Perú, 2000, 318 págs.

Edgar Montiel, peruano de nacimiento, americano de sentimiento y por convencimiento humanista —que en él significa tanto como universal—, es Doctor en Filosofía Política por la Universidad de París. Y actualmente representante de la UNESCO en Paraguay y para Mercosur. Su convencimiento radical es que la Filosofía de América es el Humanismo. Y sobre ese convencimiento versa el libro que presentamos.

En el *Prólogo* Montiel condensa su tesis, que desarrollará a lo largo de la obra. Para él, la controversia Las Casas-Sepúlveda fue algo más que una polémica coyuntural, algo más —o mejor, mucho más— de lo que pudo interpretar en ella la Corona de Castilla. Que prevaleciera la tesis lascasiana de la racionalidad (o humanidad) del indio, constituye para Montiel el origen del humanismo no sólo de Iberoamérica, sino de la humanidad entera. Porque la intervención del llamado Nuevo Mundo fue mucho más allá del aumento de territorio o poder del Reino castellano; su influencia fue decisiva en la economía de toda Europa; provocó el surgimiento de nuevos grupos de poder económico y político que desembocarían en la revolución industrial; convenció de la necesidad de transformar la Naturaleza para beneficio del hombre. Pero, sobre todo, valoró a éste como categoría individual, capaz de crear y superarse; provocó un mestizaje que —a su vez— provocó el surgimiento de una nueva realidad humana, la necesidad de meterse en el Otro y de fusionarse con el semejante; necesidad de una humanidad nueva. Cuando Colón pone el pie en América, está dando el primer paso no sólo hacia la extensión del reino de Castilla y la constitución del Humanismo americano, sino hacia una concepción totalmente distinta de la Humanidad toda.

A despecho de la autosuficiente tesis europocéntrica hegeliana, el humanismo americano terminó por conquistar al mundo occidental. Por contradictorio que pueda parecer, ideas como las de democracia y libertad, comunidad de naciones y Derechos Humanos deben su mayor porcentaje al aporte que, desde la época de la colonia, ha ido aportando América a la Humanidad; al aporte —desconocido y anónimo— del indio colonizado.

Angel Muñoz García